



Alcaldía de Medellín

PLAN ESPECIAL DE SALVAGUARDIA (PES)

MANIFESTACIÓN CULTURAL SILLETERA

Ejes de acción de Salvaguardia

Proyectos de investigación

Transmisión, educación y comunicación social del patrimonio

Temática de investigación

Historias y memorias de la manifestación cultural silletera

Proyecto

Repositorio digital de memoria oral: Raíces, Cultura Silletera - Fase 2

Secretaría de Cultura Ciudadana de Medellín

Unidad de Memoria y Patrimonio Cultural

Universidad de Antioquia

Medellín, Colombia

2018



Silleteros, tierreros de Santa Elena

Por: Sonia Milena Pineda Rodríguez.

*Historiadora, investigadora
Instituto de Estudios Regionales
Universidad de Antioquia*

Introducción

Las primeras flores que llevaron los silleteros a Medellín fueron especies nativas silvestres halladas en el bosque, recogidas mientras cortaban y cargaban la leña que llevaban para vender en diferentes barrios, en una época en la que ésta era el combustible básico para cocinar. Los oficios más antiguos asociados al mundo de los silleteros de Santa Elena, con los que inició la tradición silletera y que los especializó en transportar cargas amarradas con lazos de cabuya sostenidos desde las cabezas por caminos pendientes y escarpados que conducían hacia la ciudad, fueron el de la extracción de la leña del monte y el de la elaboración de carbón vegetal. A esto, poco a poco, fueron combinando la extracción y elaboración de otros productos de acuerdo con la demanda del mercado en Medellín; entre los que surgieron posteriormente, estaban la comercialización de productos como la tierra de capote, el musgo, las plantas nativas y flores silvestres, algunos derivados de su trabajo diario como arepas, quesitos, hortalizas e incluso, la venta de animales como los pájaros y las gallinas; y con el paso del tiempo también las flores cultivadas.

Gracias a relatos y pinturas de viajeros extranjeros que pasaron por el territorio de la Nueva Granada (Colombia) durante el siglo XIX, se ha podido conocer que los cargueros –de bultos o de silletas- ya existían como un oficio adaptado a las difíciles condiciones del paisaje montañoso. Es muy probable, entonces, que haya sido una forma de transporte prehispánico que evolucionó de acuerdo con las necesidades de los colonos y mestizos cuyas poblaciones crecían en el continente americano y quienes no siempre podían resolver el transporte a lomo de bueyes o de mulas. De allí que pueda decirse que los silleteros de Santa Elena fueron uno

de los tantos grupos de personas que incorporó este medio de transporte en función de sus necesidades, entre las que se encontraban, además de las mencionadas, el transporte hacia la ciudad de enfermos y parturientas en busca de atención médica.

Al imaginar cómo era este territorio en el pasado es preciso saber que antes de ser ocupado por las más de 15.000 personas de hoy, quienes a lo largo del tiempo han demandado la construcción de viviendas, vías de comunicación, acueductos y alcantarillados, redes eléctricas, edificios públicos, escuelas, zonas de comercio, etc., el paisaje estuvo conformado exclusivamente por la diversidad de árboles, pájaros y especies nativas propias del bosque húmedo montano bajo. Si bien hay rastros que sugieren la existencia de sitios de explotación de sal y de caminos utilizados por indígenas, parece ser que, para inicios del siglo XIX, cuando se cree que comenzaron a llegar colonos mestizos al territorio, los indígenas ya habrían desaparecido y, por lo tanto, el territorio seguía conservándose virgen, en un estado muy natural, lejos de la intervención humana.

Los mestizos que comenzaron a ocupar estos espacios hace un poco más de 200 años llegaron de poblaciones cercanas, más que todo de pueblos del Oriente antioqueño como Guarne, Rionegro y El Retiro. Ello hacía parte de una dinámica colonizadora territorialmente más amplia que duró varias décadas y que tuvo su auge en el siglo XIX; en ésta, muchas personas salieron de los poblados principales de Antioquia en la búsqueda de baldíos que pudieran ocupar para establecer parcelas propias. En este contexto, *tumbar el monte* para fundar otros sitios fue una práctica generalizada en las montañas de las cordilleras central y occidental. Las historias romantizadas de la *colonización antioqueña*, como se conoce este proceso en la historiografía clásica (Parsons, 1997), encuentran en este hecho uno de sus símbolos más poderosos, hasta el punto de asociar el hacha y el machete en himnos, poemas y en la

caracterización estereotipada de los antioqueños¹. La travesía de estas personas por montes vírgenes y su consecuente dominio de la naturaleza representado en los nuevos poblados que se establecieron fue, sin duda, algo importante; de allí que la historia del poblamiento de Santa Elena resulte significativa dentro de esta trama.

Los primeros pobladores de este territorio, que serían a su vez los antepasados de los primeros silleteros, fueron entonces quienes además de allanar sitios para establecer sus viviendas, encontraron en el monte, en la espesura del bosque, un medio de sustento necesario para su sostenimiento y para el de una ciudad cuyo combustible principal era la leña y el carbón. Extraer del bosque para llevar a la ciudad fue un oficio central en la conformación de la identidad silletera, aun cuando hoy genere cuestionamientos ambientalistas y se halla prohibido en consecuencia.

Como parte de la reconstrucción de las memorias y los patrimonios de Santa Elena y de Medellín (así, en plural) las siguientes palabras buscan ofrecer un panorama en torno al relato contado por los silleteros sobre su historia, en el que con frecuencia se autodenominan como los *tierreros* de Santa Elena. Dicho panorama está atravesado por los que habrían sido los temas álgidos que se quedaron en los recuerdos y que por lo tanto merecían ser narrados por quienes desempeñaron este oficio. Algunas referencias de otros investigadores sobre temas conexos sirven para relacionar situaciones o procesos sociales. Se debe anotar que lejos de ser una versión acabada de la historia, esta es apenas una guía que pretende incentivar la reflexión acerca de un grupo social, un tema, un territorio; pero, sobre todo, es una invitación

¹ El himno de Antioquia es representativo de este proceso; así mismo poemas como el de Gregorio Gutiérrez González, *Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia*. (Gregorio Gutiérrez González, 1867)

para escuchar estas memorias en las voces de sus protagonistas y para dejarse *tocar* por quienes en medio de un mundo con fronteras líquidas y globalizado reafirman sus identidades y su herencia cultural. La exploración puede continuar en <http://raíces.patrimoniomedellin.gov.co>

I

Tierreros

Para denominar a todo aquel que extraía productos del bosque para ser comercializados en Medellín, los silleteros y campesinos de Santa Elena referían popularmente el término *tierreros*. Con este aluden de forma directa a la práctica más generalizada que fue la de extracción de tierra de capote, tierra negra y musgo; sin embargo, caben también quienes sacaban plantas, leña, pájaros e incluso quienes en medio de la espesura del bosque elaboraban carbón vegetal.

Tras la búsqueda de testimonios vivos de estos oficios fueron entrevistadas muchas personas; algunos, no obstante su importancia, no quedaron referenciados en este texto y por eso vale la pena mencionarlos: Fabio de Jesús Rodríguez Rojas, habitante de un sitio entre El Placer y La Palma (comunicación personal 25 de septiembre de 2018); Luis Carlos Grajales Soto, de la vereda Piedra Gorda (comunicación personal 24 de septiembre de 2018); Ramón Antonio Velásquez Henao, de la vereda El Cerro (comunicación personal 24 de septiembre de 2018); y Virgilio de Jesús Alzate Grajales, de la vereda Mazo (comunicación personal 2 de octubre de 2018); todas sus intervenciones se hallan en la página web ya referida, para quienes deseen escuchar las entrevistas completas de estos valiosos personajes. Quienes se reseñan a continuación son las voces que se leerán a lo largo de las páginas.

Hernán de Jesús Soto Grajales. De 51 años, vive en la vereda Piedra Gorda de Santa Elena. Es hijo de Gerardo Antonio Soto y María Mantina Grajales; sus padres tuvieron como oficio extraer y vender productos del bosque. Con él son nueve hermanos (cinco hombres y cuatro

mujeres) que se criaron gracias a los recursos del bosque, en una casa; allí mismo, en Piedra Gorda, la cual conserva una de sus hermanas. Se cree que la casa puede tener más de cien años de haber sido construida, pues fue donde habitaron también sus abuelos. Tiene tres hijos: dos mujeres que viven en Santa Elena. Hernán se dedicó a la extracción de productos del bosque casi toda la vida; sin embargo, su deseo de desfilarse en la Feria de los Flores lo alejó de este oficio por temor a que su hoja de vida se manchara por estar vinculado con una actividad considerada ilegal. En la actualidad, procesa tierra con abonos en la huerta de su casa y la comercializa por encargo en Santa Elena y en Medellín.



Hernán de Jesús Soto Grajales. Fotografía Árbol Visual, 2018.

Rosa Angélica Alzate Soto. Nació en el sector El Rosario y es habitante de la vereda Piedra Gorda en Santa Elena. En el momento de la entrevista contaba con 72 años cumplidos. Es hija de Félix Antonio Alzate y María Gabriela Soto Hernández; y nieta de Juan Alzate y María Josefa (no recuerda el apellido) por parte del papá, y de Paulino Soto y María Josefa Hernández por parte de la mamá. Su padre fue conocido como el dentista de Santa Elena,

practicaba este oficio de forma empírica en una época en la que ante cualquier dolor de dientes se usaba extraerlos en vez de tratarlos. De manera simultánea, cultivaba y vendía flores en Medellín. Su madre comenzó a extraer tierra de capote y musgo con una de sus hermanas para obtener recursos económicos propios; acompañando a su madre, doña Rosa Angélica aprendió a ser tierrera. Se casó y tuvo 15 hijos con Tulio Mario Soto, quien ya falleció. De sus hijos sobreviven once y algunos de ellos viven cerca de su casa en Piedra Gorda. Doña Rosa Angélica logró levantar a su familia con varios oficios; entre ellos, la extracción de musgo y de tierra de capote. Es reconocida en el territorio por sus conocimientos de las plantas medicinales y en la actualidad se dedica a diversos cultivos en su huerta.



Rosa Angélica Alzate Soto. Fotografía Árbol Visual, 2018.

Juan de Jesús Patiño Alzate. Habitante de la vereda Mazo de Santa Elena. Nacido en una casa de bahareque junto con sus siete hermanos (otros cuatro hombres y tres mujeres) situada en un punto conocido como La Patiño de Santa Elena. Hijo mayor de Pedro Luis Patiño Vásquez y de María Ema Alzate. Su padre llegó a trabajar para Empresas Públicas en un aserrío ubicado en Mazo. Él transitó por varios oficios asociados a la cultura silletera, entre ellos, extractor de productos del bosque, hacedor de carbón vegetal, agricultor y floricultor.

Oscar de Jesús Atehortúa Ríos. Habitante de la vereda El Cerro de Santa Elena. Hijo de Luis Elías Atehortúa Patiño y de María de los Ángeles Ríos Llano. Siempre ha vivido en Santa Elena. Allí nació y conformó su familia. Ha trasegado por todas las prácticas y oficios que caracterizan a los silleteros; desde el cultivo y comercialización de flores, hasta la sacada de la cabuya y la elaboración de cargadores; extracción de tierra, musgo y carbón vegetal; y construcción de casas y de edificaciones de uso comunitario. Es un vehemente defensor del campo. Su historia valió un capítulo aparte en este proyecto y se la puede consultar en la página web; raíces.patrimoniomedellin.gov.co

Jaime Soto Atehortúa. Habitante de la vereda El Plan de Santa Elena. Nacido y criado en Santa Elena en una familia de diez hermanos. Su padre fue carbonero y de allí aprendió el oficio. Conformó su familia en Santa Elena y casi todos los hijos y nietos viven en El Plan. También trabajó en cultivos de flores y de papa.

Luis Beltrán Zapata Atehortúa. Habitante de la Vereda Mazo de Santa Elena, sector Los Vásquez. Nació en Guarne y es el hijo mayor (de cuatro hermanos) de Gabriel Ángel Zapata y Ernestina Atehortúa. Después de la muerte de su padre se dedicó a trabajar para ayudar a criar a sus hermanos y luego de trabajar un tiempo como agricultor se trasladó a Santa Elena, donde conoció oficios como la elaboración de tapetusa y la extracción de productos del bosque. En la actualidad trabaja en un vivero propio que tiene en su casa junto con su esposa.

Genoveva Londoño de Zapata. Habitante de la vereda Barro Blanco de Santa Elena. Hija de María Chiquinquirá Londoño. Sus abuelos maternos se llamaban Pedro Antonio Londoño y María Cleotilde Atehortúa. Casada con Hernando de Jesús Zapata Álzate tuvo ocho hijos, de los cuales seis viven en Santa Elena. Debido a la ausencia de su padre, debió trabajar desde muy pequeña para ayudar en el sostenimiento de su familia. Su madre y su abuela trabajaron como agricultoras y comerciantes de productos agrícolas, pero también como lavanderas. Ella también se dedicó durante algún tiempo a la agricultura, pero luego su oficio preferente fue la extracción de tierra y musgo. En la actualidad tiene una microempresa de artesanías en Barro Blanco, donde hace decorados con desechos del bosque o con madera comprada.



Genoveva Londoño de Zapata. Fotografía Árbol Visual, 2018.

II

El final de un oficio

El oficio de *tierros*, como lo denominaremos de ahora en adelante, recoge las distintas ocupaciones que encontraron su origen en el bosque. En tanto producción sólo se halló la de carbón vegetal, el resto de prácticas estuvieron asociadas a la extracción de leña, tierra negra y de capote, musgo, plantas nativas exóticas, bejucos y pájaros. Este oficio, o mejor, estas ocupaciones, no fueron exclusivas del territorio de Santa Elena y se las puede ver en la historia del mundo campesino de muchísimas partes; sin embargo, el lazo vinculante más fuerte de este oficio con la identidad silletera se forjó, como en todos los oficios reseñados en *Raíces, Cultura Silletera*, por los mecanismos ingeniosos y adaptados por estos campesinos para transportar los distintos productos hacia Medellín, y que derivaría en la creación del artefacto *silleta de flores* que luego se incluyó junto con el silletero en las dinámicas festivas, lúdicas y culturales de la ciudad. Para el amarre de todos los frutos de la tierra indagados hasta ahora, el cargador de cabuya sigue siendo el protagonista central. Queda verificado que éste es por excelencia el elemento más importante de los silleteros y que como herramienta de trabajo no les puede faltar; los saberes de su uso se relacionan con la manipulación del peso de las cargas desde la cabeza o en ocasiones desde la espalda, pero también con su fabricación, proceso sobre el cual también se indagó en este proyecto, documentado en la página web (raices.patrimoniomedellin.gov.co).

Al contar la historia de los silleteros-tierros (mujeres y hombres) es pertinente comenzar por el final porque ciertamente estas personas de Santa Elena trabajaron en los márgenes de la legalidad por décadas. Llegó un momento de intensas medidas y persecuciones policivas que hicieron cada vez más difícil la extracción y comercialización de estos productos hasta

reducir la práctica del oficio de forma significativa. Todo esto coincide quizás, con el inicio de los años de campañas pedagógicas ambientales que buscaron volver sostenibles estos oficios mediante la capacitación de algunos campesinos. Por cuenta de esto hoy existen varios viveros en Santa Elena; pero también, debido a esa persecución, los silleteros conservan en la memoria numerosas anécdotas en las cuales se bifurca el relato entre la necesidad del sustento diario y los maltratos que recibían al considerárseles casi como unos ladrones. Hernán de Jesús Soto Grajales lo recordó así:

-Hernán: La tierra de capote está siempre y el hambre está siempre, entonces hay que venderla siempre... cuando vivíamos de eso. Ya gracias a Dios, como te digo, ya uno se va volviendo joven, se va concientizando, va pensando “qué estoy haciendo, estoy haciendo es un daño”. Y no sólo eso sino que por ejemplo ya empieza la ley detrás de uno como si uno fuera un delincuente, uno pensando en buscarse una libra de panela y la policía deteniéndolo a uno, ya uno ¡por Dios, qué está pasando! Entonces ya uno tiene que ir tomando conciencia y decir: esto ya no va más, ya no puede ser y hay que buscar otras cosas por hacer.

-Entrevistadora: pero, ¿eso fue cómo? O sea, ¿cómo que en un momento llegó la ley? Pero, ¿eso fue hace más o menos cuánto?

-Hernán: ah, no, la ley, diríamos hace unos veinte años.

-Entrevistadora: si; o sea, antes de eso no los perseguían.

-Hernán: antes de eso, no. Aunque lo que pasa es que, no...a mi papá y a mi mamá los persiguieron mucho, estoy hablando de hace unos, yo tengo 51 años, estoy hablando por ahí de unos cuarenta años. Mi papá y mi mamá... nos tocaba salir

hasta...hay un sitio que se llama La Roca, hay que alzar bultos desde aquí hasta la central [vía central], ¿cierto? Y nosotros nos íbamos y allá nos esperaba un camión que era de la ley que lo conocían como “el unimó”, era un carro grandote y allá nos decomisaban la tierra. Entonces, como todo ladrón, nos teníamos que ir, llevar los bultos y escondernos hasta que el carro se fuera para podernos ir para la ciudad. Entonces la ley ha existido toda la vida, pero nosotros; pues, como todo el mundo, se tiene que ingeniar uno la forma de poder comercializar porque esa era la comida de la casa, ese era el sustento de nosotros. (Hernán de Jesús Soto Grajales, comunicación personal, 29 de agosto de 2018)

En medio de las huidas y las persecuciones emergen otras historias más difíciles de contar, que es preciso conocer si se quiere dimensionar el número de pobladores que ejercía este oficio, las dificultades por las que atravesaban y las razones que pudieron motivarlos a dejar de extraer productos del bosque. Rosa Angélica Alzate Soto compartió esta anécdota:

A mí me pasó, tener un aborto corriendo de huida. Estaba en embarazo y fuimos a sacar un viajecito para madrugar al otro día y los guardabosques estaban escondidos y a lo más empezamos a sacar y estábamos expurgando ya para empacar, llegaron y corrían tras de nosotros a quitarnos los costales y yo me tiré por una barranca y caí a un hueco y ya quedé enferma y ya por ahí a los tres días, nació pues el niño pero así sin tiempo, eso fue sin tiempo. (Rosa Angélica Alzate Soto, comunicación personal, 29 de agosto de 2018)

Las horas más seguras para entrar al bosque eran las que antecedían la salida del sol. Por eso, los accidentes, como los que relata Rosa Angélica, eran más probables. Cabe anotar que en el relato de los silleteros se oye cierta condescendencia hacia los policías y guardabosques que los perseguían, y al mismo tiempo por su situación económica, que los llevaba a vivir

como tierreros. A pesar de que las detenciones y decomisos produjeron frustraciones en esos momentos, no queda rencor por quienes tenían como deber no permitir la extracción de productos del bosque, aunque tampoco hay remordimientos profundos que vislumbren arrepentimientos por el trabajo que, según ellos “les tocaba hacer”. De allí que con quienes se habló durante el proceso de investigación compartan la aceptación de lo sucedido con cierto grado de corresponsabilidad.

Por otro lado, quienes aseguran haber dejado el oficio coinciden en que lo abandonaron porque además de padecer las persecuciones ya referidas surgieron otras oportunidades. Algunas de ellas llegaron al territorio a través de diversas entidades del Estado que ofrecieron capacitación y nuevas formas de aprovechamiento de los recursos naturales. En el relato de Rosa Angélica se puede leer este caso:

No, pero ahora sí, muy bueno que se está terminando ese trabajo y que bueno que hubiera como más formas de vivir, más ayudas del gobierno, que a los campesinos nos colaboren para no tener que vivir con eso, porque yo en un tiempo, hace ya mucho tiempo que estoy pensando que podemos dejar la tierra, la extracción del bosque, nosotros mismos podemos sin necesidad de tener un trabajo fijo ni nada. Vea, por ejemplo, yo he estado trabajando con el compostaje y a mí me ha ido muy bien con el compostaje porque con ese trabajo, con ese cultivo, ese lo vendo; a mí me vienen a comprar acá el compostaje y ahora ya muchas entidades que están colaborando, está CORANTIOQUIA conmigo, está la Alcaldía, está la... ¿cómo se llama esa otra entidad? mmm... que van a venir ya comprarme al por mayor el abono, entonces yo

ya tengo bastantes pilas ya para sacar. (Rosa Angélica Alzate Soto, comunicación personal, 29 de agosto de 2018)

Otras oportunidades que facilitaron aún más renunciar a la extracción de tierra están asociadas a situaciones personales. El caso de Hernán de Jesús Soto Grajales es muy interesante porque a pesar de haber nacido en el seno de una familia silletera y haber crecido con todos los elementos que se asocian a esta cultura, sentía el deseo y casi la necesidad de vincularse al desfile de silleteros. Es preciso indicar que no todos los silleteros desfilan durante la Feria de las Flores de Medellín, y que ser silletero -tal y como lo expresaron justamente los silleteros durante la elaboración del Plan Especial de Salvaguardia que respaldó su inclusión en la lista de patrimonio cultural inmaterial de la nación- es “mucho más que desfilarse”.²

Ese “mucho más que desfilarse” es precisamente lo que Hernán de Jesús Soto ya era y tenía: vínculos territoriales, sociales y familiares; trabajo en el cultivo y transporte de flores, práctica de oficios conexos además del de tierrero, etc. Sin embargo, como los cupos en el desfile de silleteros son limitados y remunerados a través de contratos, muchos de ellos quedan por fuera del desfile, tal como le sucedía a Hernán de Jesús. Hasta que, por fin, pudo conseguir un contrato con la Oficina de Turismo de Medellín, entidad que administró el

² De acuerdo con el Plan Especial de Salvaguardia de la Manifestación cultural silletera, en una concepción más completa del ser silletero se debe tener en cuenta: “Las prácticas campesinas, comerciales y artísticas que componen la manifestación –el cultivo de flores, de plantas aromáticas, hortalizas y frutos; la comercialización de flores y de otros productos en plazas, cementerios e iglesias; la elaboración de arreglos florales; la jardinería; la elaboración de silletas y de obras escultóricas en flores; y la exhibición y puestas en escena asociadas a las flores– están arraigadas a este lugar de procedencia y, por lo tanto, a formas de vida que desde su materialidad e inmaterialidad la sustentan. De este modo el cargador, la silleta y las flores (aspecto material), y el cultivo de flores, la elaboración y la exhibición de silletas (aspecto inmaterial), no son los únicos componentes de este patrimonio. Junto con estos aparecen situaciones de la vida cotidiana –formas de ser y de hacer– que se conjugan en torno a la casa, el jardín, la huerta, el paisaje, y que involucran sociabilidades propias del grupo portador. Lo que se genera en torno a esta manifestación es una interdependencia del lugar –Santa Elena- con tangibles e intangibles transmitidos por un grupo social a través del tiempo, y es en esa medida un patrimonio cultural integral.” (INER & Secretaría de Cultura Ciudadana, 2015)

proceso por varias décadas; y fue entonces cuando comenzó el camino como sillettero del desfile, circunstancia que lo motivó a dejar la extracción del bosque. Vale la pena leer el testimonio de Hernán de Jesús:

-Hernán: [...] la ley estaba por todas partes, y si la patrulla te cogía, te llevaba, o te decomisaba la tierra.

-Entrevistadora: y ¿te llegaron a llevar? ¿Te llegaron a decomisar...?

Hernán: nunca... a decomisar sí, pero a encanar no. No porque yo era muy tranquilo. Yo —“ah, hermano se la tiene que llevar, llévesela, hágale tranquilo”—.

-Entrevistadora: no peleaba.

-Hernán: no, pues, no valía la pena, uno sabía que, que no estaba... Aunque en el momento daba mucha rabia porque de todas maneras era el trabajo. Por decir algo, yo en el momento sentía que no le estaba haciendo daño a nadie, que no te estaba robando, no te estaba atracando, entonces yo decía —“¿por qué me persigues a mí?, persigue a los que roban, hombre; no me persigas a mí que estoy trabajando”—. De todas maneras, pues, ellos eran mandados porque estábamos dañando la fauna, ¿cierto?, pero uno en el momento se sentía impotente y uno decía —“no, si me vieran delinquiendo, pues, de pronto... pero me vas a molestar la vida por nada”—.

Bueno, entonces ya empecé a ver. Yo dejé esto, cuando yo ya me volví sillettero empecé a viajar, ¿cierto? Entonces, resulta que una vez yo iba con tierra, pero ya era sillettero, ya había tenido la primera oportunidad de haber viajado a Bogotá, pues, eso era un logro ir a Bogotá en avión. Entonces cuando ya la policía me paró por allá me dijeron que me iban a llevar, que me iban a dañar la hoja de vida, que no sé cuántas;

y ya desde ese día si me pusieron a pensar y yo ya dije: “no, yo no me puedo dejar dañar la hoja de vida porque yo tengo otras expectativas en la vida y no...”. Entonces, a partir de ahí dejé eso, yo dije, no yo ya no puedo seguir en esto porque la ley me coge y me cogen es como un delincuente y a la hora de un viaje o algo, porque yo pensaba. Cuando yo conseguí el contrato de los silleteros, yo dije “la meta mía es llegar muy lejos con la ayuda de Dios con esto”. Y gracias a Dios la vida me ha dado muchas oportunidades y sin la hoja de vida sucia, sino que por donde voy, voy con la cabeza muy en alto y sin preocupaciones de nada. (Hernán de Jesús Soto Grajales, comunicación personal, 29 de agosto de 2018)

Ser silletero, poder estar en los desfiles se ha convertido, sin duda, en una puerta que les abre muchas posibilidades a ellos. No sólo van por las calles de Medellín en un espectáculo único en el mundo, que les ha merecido reconocimiento, sino que, además, compiten en las diversas categorías que se han creado para evaluar las singularidades de las silletas (tradicional, monumental, emblemática, artística y comercial) y ganan premios en efectivo o viajes nacionales e internacionales para representar a la ciudad en eventos y otros desfiles. En muchos casos, incluso, los silleteros viajan y representan su cultura sin la intermediación de la Alcaldía de Medellín, y lo hacen como parte de las dinámicas particulares en las que son invitados o logran establecer contratos propios. Hernán de Jesús, en efecto, ha llegado muy lejos como él lo soñaba, y además de Bogotá ha conseguido viajar al exterior.

Por otro lado, si bien los relatos se pronuncian en tiempo pasado para indicar que el de tierreros es un oficio extinto, todavía entre líneas se infiere que algunas personas puedan vivir de la extracción. Esta fue una situación que no se quiso profundizar en esta investigación, pues no se buscaba develar ese hecho particular –que además ya ha sido diagnosticado por entidades ambientales y otros investigadores (Marín, 2012), y que para efectos de este



Silleteros, tierreros de Santa Elena

trabajo, podía entorpecer el acercamiento a los tierreros-. Se buscaba más bien comprender las características de un oficio conexo con el de los silleteros a partir de las memorias recuperadas de algunos de sus protagonistas. Pero a pesar de que sea posible que algunas personas aún ejerzan como tierreros, es un hecho que se trata de un oficio en vía de extinción, y que si al comienzo de siglo XX, el 90% o más de los habitantes de Santa Elena encontraban en este oficio el sustento; hoy en día, la cifra no supera un 20%, salvo en algunas veredas como Mazo y Piedra Gorda; estos datos fueron calculados por quienes participaron en las entrevistas referenciadas aquí.

III

Leña y carbón vegetal

Durante muchos años, la leña fue el único combustible empleado para cocinar. Si bien hoy en día todavía hay quienes lo hacen con leña por necesidad o por gusto, la generación de nuestros abuelos; es decir, quienes nacieron hasta más o menos la década del cuarenta en el siglo XX, fueron los últimos que cocinaron con leña de manera masiva. Esto sucedió hasta los años sesenta, aproximadamente, cuando las redes eléctricas se popularizaron en Medellín, para suplir entre otras muchas necesidades las de la cocina, una situación que también cubrieron en algunos momentos los fogones de petróleo y más recientemente los de gas. Antes, era imprescindible el constante aprovisionamiento de leña, que bien supieron atender en el caso de Medellín, los silleteros de Santa Elena. Pero esta tarea se hacía también para el aprovisionamiento familiar, pues como se mencionó al inicio de este texto, los primeros pobladores de Santa Elena debieron tumbar monte para establecerse y seguir cortando leña para resolver sus necesidades. Juan de Jesús Patiño Alzate lo recuerda así:

Lo que pasa es que en ese tiempo no había energía y no había nada, esta era una zona, o toda Santa Elena, todo era en el oscuro, mijo. Señores que se levantaban a la una de la mañana, lo digo por la señora de un tío mío, trabajaban cuatro, o sea, cuatro que jornaleaban; esa señora se levantaba a la una de la mañana o una y media, a montar una *ollada* de chocolate de una libra. No había fogón de gas, no es como hoy en día que es fogón de gas, que hay energía, que en muchas partes hay leña, en ese tiempo no, en ese tiempo era leña sola, no había energía, no había fogón de gas. Pero hoy en día [hay] mucho en qué hacer y muchas veces no hay qué. Porque hoy en día está el fogón de gas, en muchas partes está la energía, hay leña; pero en ese tiempo era un

solo fogón y era todo caliente, pues por ejemplo: se levantaba a la una la señora del tío mío para despachar a cuatro trabajadores; una libra que montaba de agua de panela se iba en la gente que despachaba, en los primeros que ella despachaba ahí se iba el agua de panela ¿Por qué? Porque todos eran con la *pucha*, no es una media o un tarrito como hay hoy en día que es un botecito de nada, en ese tiempo era la *pucha*³. (Juan de Jesús Patiño Alzate, comunicación personal, 2 de octubre de 2018)

La leña fue el primer producto extraído del territorio boscoso de Santa Elena. Los silletteros indican que buscaban la leña seca que abundaba durante la época en la que se dedicaban a estas actividades; buscar leña seca y no leña verde era una actividad que los guardabosques no perseguían. Las necesidades técnicas para cortar la leña del autoconsumo eran mínimas, es decir, no se requería una contextura física ni unos conocimientos especializados para ir hasta el monte por un poco de leña; sólo una herramienta (hacha o machete) y saber identificar los árboles o arbustos que muchas veces estaban cerca de las viviendas. Entre las anécdotas recopiladas, la de Oscar Atehortúa Ríos da cuenta de cómo esta era una actividad común entre los niños, quienes desde pequeños hacían diversos trabajos del monte o de la huerta necesarios en el hogar. En este caso, el relato evidencia incluso que ir a cortar la leña era una buena excusa para hacer travesuras:

Yo digo que todo niño ha sido *maldadosito*. Veá, nosotros, por ejemplo, en diciembre, como el azúcar era escasa, nos la robábamos el azúcar a mamá de la alacena, para irnos por allá para el monte dizque por leña voluntariamente, pero no, era que nos

³ La *pucha* era una unidad de medida campesina que podía acercarse al litro.

habíamos llevado el azúcar, nos habíamos llevado la libra de azúcar para comer por allá, nos la robábamos. Bueno, eso era una anécdota pues que, o los maduros, los plátanos maduros, los echábamos al bolsillo y —“vamos por leña, vamos por leña”— pero mentiras que nos habíamos robado alguna cosita. (Oscar de Jesús Atehortúa Ríos, comunicación personal, 18 de septiembre de 2018)



Fotografía Árbol Visual, 2018.

Pero si se requería leña para llevar a Medellín el proceso variaba, y entonces sí era necesario un conocimiento especializado del territorio que permitiera recoger mayores cantidades en

los sitios adecuados, cargarla de manera que se pudiera recorrer un trayecto largo (tres horas a pie, por ejemplo) y el conocimiento de los caminos y rutas para hacerlo; todo esto fuera de lo que implicaban los saberes asociados a la negociación del producto como tal en la ciudad. En esos casos, los niños intervenían como ayudantes de los padres; y si bien, tanto hombres como mujeres extraían leña, el transporte y la comercialización en Medellín era preferentemente un oficio de hombres.

Casi al mismo tiempo que se extraía la leña, se elaboraba carbón vegetal. Para una y otra actividad, es decir para llevar la leña hasta Medellín o para transformarla en carbón antes de venderla, los árboles utilizados con más frecuencia fueron: *roble*, *arrayán*, *carate*, *siete cueros*, *silvio* y *drago*; los silletteros entrevistados referencian que se tumbaba los árboles más viejos y secos. Los fines de este carbón eran preferentemente comerciales: se hacía para vender en Medellín a través de “carboneras”, sitios dedicados a la venta y distribución de carbón, o se llevaba a negocios particulares que lo requerían para hacer productos, por ejemplo, fábricas de jabones, panaderías y hasta fábricas de pólvora, tal como lo contó Oscar de Jesús Atehortúa Ríos:

Papá hacía un horno cada año, para un tío que hacía pólvora (papeletas y chorrillos) y quemaba un horno, pero es de drago, solamente de palo de drago, que el carbón es dizque más liviano y dizque, yo no sé cómo era para hacer pólvora, ese carbón no sé. Mi papá hacía un horno cada año para ese señor y el hermano hacía la pólvora, y decía: —“esto es para diciembre”— [...] el carbón como que lo muelen, lo muelen y lo revuelven con la otra, con la otra, con la pólvora, me imagino yo ¿no cierto? (Oscar de Jesús Atehortúa Ríos, comunicación personal, 18 de septiembre de 2018)

El proceso técnico de elaboración del carbón vegetal es complejo y requiere experticia técnica para armar los hornos y cocer la leña sin que ésta se vuelva ceniza. Se comenzaba por tumbar el lote de árboles del monte y se dejaba la madera allí mientras se terminaba de secar, por el tiempo que fuera necesario; podía tratarse de unos días o hasta de un mes. Después, la madera se preparaba eliminando las ramas y cortándola de muy diversos tamaños, procurando que todos los trozos quedaran verticales sin las curvas o torceduras propias de la madera. Una vez la madera estaba lista, se armaba la *plaza* o *entable*, que consistía en poner toda la madera en montones haciendo un círculo, en una figura que podía superar la altura de una persona. En el centro del montón de madera se clavaba un *palo* o *guía* que después debía sacarse para insertar las brasas que servirían para iniciar la quema de la madera.



Fotografía Árbol Visual, 2018.

A ese entable o plaza se le agregaba desde el inicio la *requema* o *ceba*; es decir, las sobras de carbón de un horno anterior que debían servir para ayudar durante el proceso de cocción. Después, todo se cubría con tierra de capote y luego con tierra negra, de modo que la madera no quedara expuesta al aire que la podía hacer arder más rápido. La disposición en círculo de la madera (la armada de la plaza o entable) podía tardar medio día, y se requería otro medio

día mientras se buscaba y colocaba la tierra de capote y la tierra negra. Cuando todo estaba listo, se ponía a quemar un montoncito de madera aparte, con el fin de hacer brasas, y se quitaba la guía o el palo del medio del entable o plaza. Por el hueco que dejaba la guía se introducían esas brasas, las cuales se unían con la *requema* o *ceba*, y esa era la forma de introducir el calor que haría que la madera ardiera lentamente, sin convertirse en ceniza. Al horno se le hacían pequeños orificios por todas partes que servían como respiraderos de los gases que se producen en el proceso y que, a su vez, permitían establecer si el horno se apagaba.

El horno ardía de esta forma hasta el día siguiente. Se repetía el proceso de insertar brasas por la guía durante unos cuatro o cinco días, o de acuerdo con la cantidad de madera que se estuviera quemando. Durante este tiempo, era normal que la madera se fuera removiendo; se percibía entonces que el horno se iba reduciendo en cuanto a su tamaño a medida que la madera se convertía en carbón. Una vez finalizado el proceso, el carbón se esparcía por el suelo con un garabato y una pala para que se enfriara. La tierra era el único medio para enfriar el carbón, no se recurría nunca al agua, debido a que esta daña la calidad del mismo. Después se empacaba en costales o cajas y quedaba listo para su traslado a Medellín.



Fotografía Árbol Visual, 2018.

El silletero Jaime Soto Atehortúa, de la vereda El Plan, narró su historia sintiéndose muy orgulloso de ser hijo de un carbonero; y también explicó el proceso técnico que implicaba su trabajo:

Yo nací en Santa Elena, en el municipio de Medellín, en 1937. Soy criado aquí con mucho orgullo. Mis padres fueron muy humildes, pero muy responsables, me enseñaron a trabajar, yo no tuve la oportunidad de estudiar porque en ese tiempo no había casi estudio, me enseñaron a trabajar y respetarlo a él, y así me crié, y soy montañero de nacimiento; y aquí, gracias a Dios, luchando todavía la vida, me tocó una vida joven muy apretada, muy dura, en mi casa éramos diez hermanos, yo era de los mayores, me tocó colaborar mucho trabajando, arriando ganado, cargando abono para sembrar la papa, no había abono orgánico en ese tiempo, no había riego para fumigar las matas. Me tocó también muy duro, porque los poquitos días que estuve

en la escuela que salí de primaria -solo un año de estudio- venía yo, comía la sopa y mi mamá me despachaba el almuerzo para llevárselo a mi papá que estaba en el monte, y a mí no me da pena decir que soy hijo de un carbonero, me lleno de orgullo. Qué dirá la gente, “que pobrecito, que qué trabajo tan deshonesto, tan pesado”, pero todo trabajo es bendito, lo que me parece feo es que de pronto uno vaya uno, o a despachar lo ajeno, a mí no me da pena que digan que soy hijo de un carbonero, me siento orgulloso.

Para uno contarles la historia de la quema de carbón necesitaríamos un tiempo más amplio, ir al campo, y hacer lo que llamábamos una plaza o un entable, como una cancha en tierra para los lados y en el centro picábamos la leña en pedacitos, y en el centro parábamos una guía hacia arriba y hacia el carbón, y el montón de leña, lo que llamábamos el horno. Después de que se hacía el horno se tapaba con capote, que había mucho en ese tiempo, y con helecho, luego cubrirla con tierra. Luego, sacarle la guía, hacer un carbón y con el mismo carbón que había se hacía una hoguera que estuviera bien prendida, se sacaba la guía y por esa guía quedaba el huequito, había que echarle las brasas e irlas bajando con una varita para que quedaran abajo donde estaba la ceba de lo que había armado. Entonces, ahí bajaba esas brasas y empezaba el humo a arder, entonces había que puyarla con un palo para que el humo respirara por ahí, por ahí quedaba el humito y por ahí y había que asistirlo en las noches y en el día para que no se volviera ceniza porque a medida que iba quemando el horno, que iba quedando el carbón, porque o sino se volvía ceniza, y se iba apagando el carbón. Hasta que destapaba el horno y al otro día me madrugaba a empacarlo y coger

a destaparlo en la tierra, poner pilitas de tierra alrededor para destapar el hoyo que estaba caliente y la tierra caliente y el escollo, montones de tierra fría alrededor. Entonces, uno iba con un garabato así largo, iba cayendo el carbón y lo iba apagando apunta de tierra, no se le puede echar agua porque se destiempla entonces el carbón, no sirve. (Jaime Soto Atehortúa, comunicación personal, 13 de septiembre de 2018)

Es difícil calcular la cantidad de personas que tuvieron como trabajo la elaboración del carbón en Santa Elena; sin embargo, de acuerdo con los relatos, parece que fue un número más reducido que quienes comercializaban la leña directamente. En todo caso, esta actividad, como casi todos los oficios de los silleteros no era exclusiva, sino que se practicaba de manera alternada en un mismo día o en una misma semana. Un silletero podía dedicar parte de su tiempo al cultivo de flores, papas u otros productos y también a la extracción en el bosque o a la elaboración del carbón; después, podía bajar con su silleta o sus bultos de cabuya cargados de toda esta diversidad de productos y venderlos en las plazas de mercado o en las calles de Medellín.

IV

Tierra de capote, musgo y especies nativas

Una cosa condujo a la otra. A la comercialización de leña, carbón y hortalizas se sumaron otros productos que los silletteros vendían en Medellín. Es probable que en los años cuarenta del siglo XX, cuando se cree que sucedió el auge de la venta de flores y la silleta se convirtió en una unidad de medida en las plazas de mercado de la ciudad⁴ (Medellín, 1945), que estuviera en auge también, o por lo menos iniciándose, la comercialización de tierra de capote y de musgo. El musgo se identifica como la capa vegetal superficial que sirve para retener el agua de los bosques garantizándoles su humedad, tiene la apariencia de un pasto verde muy corto y tupido; y la tierra de capote es la primera capa de tierra que se encuentra debajo de este musgo o debajo de la superficie del bosque. Pero además de estos productos, en Medellín iba emergiendo la demanda de especies de flora y fauna nativas del bosque entre las que se hallaban algunas variedades de orquídeas, sarro y diversas especies de pájaros.

Detrás de la venta de tantos productos del bosque hay que identificar por lo menos dos fenómenos sociales que servían para aumentar la demanda: uno consistía en la práctica de la jardinería que las mujeres (sobre todo las amas de casa) ya tenían incorporada en su cotidianidad y que se percibía sobre todo en las áreas rurales. El antropólogo Edgar Bolívar Rojas ha señalado en sus investigaciones que la cultura regional del territorio antioqueño –o del territorio identificado con “lo antioqueño o lo paisa”, que se extiende hacia el sur del

⁴ En 1947, en la Plaza de Mercado de Medellín ingresaron 34.514 silletas, lo cual arroja un promedio de 2.876 silletas mensuales, y de 95 silletas al día.

departamento- se expresa entre otras cosas, en las viviendas, los jardines domésticos, los patios, en la religiosidad y en el culto a la flor o *culto floral* (Bolívar, 2004). Es así como en este territorio es común que las personas tengan jardines domésticos que se exponen en corredores, balcones y patios, o en las zonas verdes de la vivienda en caso de que ésta sea rural. Tal culto a la flor –siguiendo a Bolívar- pudo facilitar la creación y aceptación de una festividad dedicada a ésta, tal como ocurrió con lo que sería la Feria de las Flores de Medellín. Durante el proceso de crecimiento y urbanización de Medellín a mediados del siglo XX, en el que muchos habitantes migraron de las zonas rurales de Antioquia hacia la ciudad en busca de oportunidades de movilidad social, la práctica de la jardinería continuó y como si se tratara de trasladar algunas costumbres del campo, las amas de casa siguieron llenando de flores y plantas sus espacios domésticos. Esto implicaba abastecerse de diversos productos útiles para el cuidado de las plantas, que ya no tenían a la mano, tal como la tierra de capote, la tierra negra -que servían para abonarlas- y el musgo, que además embellecía las macetas. El silletero Luis Beltrán Zapata Atehortúa relató cómo al tiempo que iban llevando legumbres y hortalizas para vender, algunas cultivadas y otras que crecían de forma espontánea y sin mucho trabajo, las señoras de Medellín solicitaban las tierras y el musgo:

Lo del bosque, pues ya la gente como sembraban primero en Medellín, no era prohibido, pues, tan prohibido como ahora. Entonces llegaban y decían: —“¿usted no me puede traer una bolsita de tierra, una bolsita de musgo?”—. Entonces uno lo iba llevando así a son de que llevaba la victorita y las coles, que esa (s) era(n) las legumbres de antes, victorias, coles, y arracachas y habas, ese fríjol “petaco” que es el fríjol “de vida” que llaman, ya pues se ha acabado mucho, todo eso se ha pasado de moda. Esa era la agricultura de uno, como eso no necesitaba riego ni nada. Usted

de un *frisolal*⁵ de esos cogía y cogía bultos y no necesitaba ni abono ni nada. Y lo mismo la arracacha, lo mismo las habas, todo eso, eso sí eran cosas orgánicas, porque eso no necesitaba riegos, no necesitaba químicos de nada. Entonces eso sí era...entonces en eso, llegaba uno donde una señora le vendía un kilo de frijol o un kilo de habas o en fin... y ahí le decía a uno: —“vea ¿usted no me hace el favor y me trae una bolsita de tierra?”— y ahí se fue principiando la venta de tierra y ya hasta que otras le decían a uno: —“vea tráigame dos bultos de tierra”, “tráigame dos bultos de musgo”—, y entonces se fue creciendo. (Luis Beltrán Zapata Atehortúa, comunicación personal, 24 de septiembre de 2018)



Fotografía Árbol Visual, 2018.

⁵ Forma coloquial de nombrar el cultivo de frijoles.

El otro fenómeno que aumentaba la demanda, en el caso específico del musgo, era la elaboración de pesebres durante las festividades decembrinas. En casi todo el territorio colombiano existe la tradición de realizar las *novenas de aguinaldos* entre el 16 y 24 de diciembre; estas consisten en rezar oraciones y cantar villancicos durante los nueve días previos a la natividad del niño dios, advocación católica que se conmemora el 25 de diciembre. El tema central de estas oraciones es el alumbramiento de la Virgen María en un humilde pesebre de Belén de Judá, de acuerdo con la historia bíblica. Las oraciones que se rezan en Colombia se hacen junto a los *pesebres* elaborados dentro de las casas, reproducciones a pequeña escala del pesebre de Belén. Hace algunos años, era muy difundido en la construcción de estos pesebres el uso de productos naturales (tallos, hojas, ramas, chamizos, etc.), y uno de los elementos favoritos era el musgo, pues dadas sus características servía para representar montañas, pastizales y caminos. Hoy en día, debido a las regulaciones ambientales y a las innovaciones tecnológicas, se elaboran pesebres con materiales plásticos o sintéticos, aunque es posible encontrarlos todavía con musgo, sobre todo en las zonas rurales.

El significado social, cultural e histórico de los pesebres es de amplio espectro: en torno a estos y a la novena de aguinaldos se han configurado las festividades más resonantes del país, o por lo menos unas que convocan año tras año a un gran número de personas. Las novenas varían en cada región, pero conservan una misma esencia; esta es, los rezos y cantos delante de la representación a escala del nacimiento de Jesús. Así, por ejemplo, mientras en Santander y en Boyacá las novenas se rezan en las iglesias a las 4 o 5 de la mañana, congregando diariamente a cientos de personas, en Antioquia y en El eje cafetero las novenas suceden durante las noches en los barrios o en las casas de familia, con grupos más reducidos, y en

estos casos, una misma persona, en especial los niños, asisten a dos o tres novenas durante una misma noche.

La construcción del pesebre es un momento de integración familiar o social, según la escala del mismo: en los pesebres familiares los niños juegan un rol central, mientras que, en los pesebres de los barrios, las veredas –si se trata de territorios rurales- y en las iglesias se convoca a las personas con habilidades manuales o a quienes hayan desarrollado técnicas constructivas que sobresalgan entre los demás, por ejemplo, se busca a quien haga pesebres con figuras en movimiento.

Para los silletteros de Santa Elena, las novenas de aguinaldos y los pesebres eran importantes no sólo por lo que representaban económicamente gracias a la venta de musgo y otros materiales del bosque, sino también porque era un momento de integración social en donde ellos mismos demostraban sus habilidades manuales. El sillettero Oscar de Jesús Atehortúa Ríos se refirió a estos así:

Era indispensable; casa que no tuviera pesebre, no era casa y lo mismo en las iglesias. [...] pero eso ya no, eso ya terminó. Se terminó sinceramente. Nosotros íbamos cada año en diciembre a ver pesebres por todas las iglesias y en todos los parques hacían también, íbamos a ver los pesebres a ver cuál era más bonito, claro. Eso era como en Semana Santa, como ver los altares de Semana Santa. Esa era la tarea de cada año: —“vamos a ver los pesebres a tal parte”—. Y nos íbamos a tal parte. Nos juntábamos ocho o diez muchachos a ver los pesebres (Oscar de Jesús Atehortúa Ríos, comunicación personal, 18 de septiembre de 2018)

Tal y como relató el silletero, ir a ver pesebres era un momento de integración social en especial para los jóvenes, a quienes les servía como excusa para hacer actividades en grupo. De cuenta de esto, el silletero agregó que había, implícitamente, cierta competencia por elaborar el pesebre más bonito, asunto que se evidenciaba en el número de visitantes y admiradores que llegaban a ver el pesebre o a rezar la novena de aguinaldos. Para embellecer el pesebre los materiales naturales o del bosque cumplían un papel muy importante; por eso, cuando le preguntamos a don Oscar cómo eran estos pesebres, respondió:

[...] pues hombre, eran muy qué, cómo le dijera, eran muy ecológicos. No había tanta cosa, pues, como hay ahora, ni luz, ni nada, eso era pura, todo era natural. En materiales como de barro, algo así, de barro o de monte. Como el sarro, el sarro lo labraban, la cabeza del sarro, la labraban y hacían unas cosas muy bonitas, unos arreglos muy bonitos, es que la gente de antes era muy recursiva [...] hacían animalitos, vaquitas o caballitos, la gente que es curiosa. Cortaban esas laminitas y le iban, le iban haciendo. Ahí veía uno, cuando veía los pesebres, decía “vea esto es lo que hacían con el sarro que uno les llevaba”; o el musgo... hacían muchas cosas, pero naturales. (Oscar de Jesús Atehortúa Ríos, comunicación personal, 18 de septiembre de 2018)

Ahora bien, como lo expresó el silletero, además de musgo, en los pesebres se usaba el sarro, un helecho arbóreo que está en vía de extinción, pero que por entonces se hallaba con facilidad en Santa Elena, y se usaban también varias especies de orquídeas y arbustos que permitían decorar mejor el paisaje navideño o hacer las veces de árbol de navidad. Pero estas últimas especies, junto con algunas de pájaros (mirlos y turpiales, por ejemplo) no se extraían para uso exclusivo de los pesebres; por lo general servían para ornamentar las viviendas en

cualquier época del año, entre las cuales sobresalían aquellas que tuvieran las especies más difíciles de conseguir.

Es de resaltar que entre los silletteros entrevistados se evidencia la conciencia con relación a los daños ambientales causados por la extracción de estos productos y especies, sobre todo en cuanto al sarro, las orquídeas y los pájaros. Así lo indica Hernán de Jesús Soto Grajales:

[...] de pronto no en estos momentos, porque ya hay muchos silletteros nuevos. Pero te digo de hace diez años para atrás, yo diría que la mayoría de silletteros fuimos los tierreros, los que vendíamos la tierra, los que siempre hicimos daño en el bosque. Me atrevería a decir que, en su mayoría, sino el 100%, un 80% o 90 % éramos los que vendíamos la tierra en Medellín. (Hernán de Jesús Soto Grajales, comunicación personal, 29 de agosto de 2018)

Esta conciencia es la que los ha estimulado a conectarse con distintas corporaciones y entidades públicas o privadas que han llevado capacitaciones sobre el manejo sostenible de estos recursos, también les ha servido para incursionar en nuevos negocios entre los que se encuentra el de los viveros, mencionados antes. Sin embargo, cabe decir que, en cuanto al manejo del musgo, algunos insisten en señalar que no hay daño a la naturaleza, pues según sus apreciaciones, éste reverdece en poco tiempo. El sillettero Luis Beltrán Zapata Atehortúa ha verificado esto a lo largo de su experiencia, y por ello, como muchos silletteros, cree que no se le hace daño alguno a la naturaleza cuando se extrae el musgo:

Y es que, pues, dicen que el musgo se acababa porque uno lo recogía. No, antes el musgo se acaba cuando uno no lo recoge. Pues ya eso pasó y ya listo. Pero uno ve que en las partes donde nosotros recogíamos que uno pasa ya, que recogíamos esos

musgales, eso se mantenía porque uno llegaba, lo sacudía quedaba la basurita ahí y por ahí a los dos meses usted iba y ya había musgo otra vez. Pero si cuando ya uno, ya pongamos eso se ha acabado mucho porque como no lo volvió a recoger ninguno, es que eso casi ninguno lo volvió a llevar. (Luis Beltrán Zapata Atehortúa, comunicación personal, 24 de septiembre de 2018)

Si bien se han adelantado diversas campañas pedagógicas para concientizar a los tierreros de Santa Elena con relación a la incidencia que tiene para los bosques que no haya musgo, y se les ha indicado que el reverdecimiento es síntoma de la defensa natural que hace el bosque por conservar su humedad, parece ser que aún es necesario un diálogo más estrecho entre científicos, ambientalistas y quienes como los silleteros están en permanente contacto con la naturaleza y la conocen y se apropian de ella a partir de su experiencia y saberes tradicionales.

V

Técnicas de recolección y distribución



Fotografía Árbol Visual, 2018.

Podría pensarse que es una labor fácil ir al bosque con un hacha, un machete o una pala y cortar, extraer, empacar y llevar a la ciudad los productos que se han mencionado hasta ahora. Pero no es cierto. Para extraer tierra de capote y musgo se necesitaba conocer bien los lugares donde resultaba más productiva la extracción y para esto, se recurría a una especie de toma de muestras que garantizara el hallazgo del producto antes de iniciar el proceso. Genoveva Londoño de Zapata explicó de la siguiente manera lo que un tierrero tenía que saber para ir por los productos:

Genoveva: usted tiene que saber en dónde está la tierra. En toda parte no le da tierra de capote. A usted le da tierra de capote muy fácil, por decir acá atrás en esos pinos pátula, ahí da mucha tierra, eso da mucha tierra. Pero entonces como primero no había pinos pátula sino pinos ciprés, entonces uno se iba para donde estaban los pinos o donde había mucho helecho, eso también es una tierra y esa tierra es muy buena, y había mucho palo de roble. La tierra es súper buena para las matas. La tierra de palos de roble, es súper buena.

Entrevistadora: o sea, que uno la tierra la reconoce por los árboles, o sea, usted identifica.

Genoveva: y porque usted, por decir nosotros llevábamos el azadón porque eso se saca con un azadón, entonces usted con el azadón cava, usted mete las manos, usted saca una tierrita, polvudita, polvudita, café —“aquí hay tierra, vamos a sacar”—.

(Genoveva Londoño de Zapata, comunicación personal, 18 de septiembre de 2018)

Además de esto, se acudía a otros mecanismos que aseguraban la calidad. Era necesario diferenciar muy bien la tierra negra de la de capote, y separar de éstas y del musgo las basuras con las que venía. Genoveva Londoño de Zapata hacía esta labor, pero además incorporaba otros elementos a la tierra para que se convirtiera en un excelente abono para las plantas, la motivación central de los clientes de Medellín:

Genoveva: supongamos la tierra, hay gente que no la sabe sacar. Porque saca la tierra y no la espulga. Sino que la echa con capote y todo y esa tierra hay que saberla sacar del capote. Que quede el capote aparte y la tierra aparte. Eso no es que usted va a coger con el azadón y para el costal, no. Eso tiene que saberla limpiar. Y yo si la llevaba muy especial.

Entrevistadora: o sea que eso tiene todo un proceso después.

Genoveva: un proceso, eso es un proceso. Lo mismo el musgo, usted saca el musgo y no va a ser para el costal. Usted saca el musgo y haga una pila y cuando tenga la pila, empieza a sacar la basura y échelo bien limpiecito al costal.

Entrevistadora: Y lo trataban allá mismo en el bosque o...

Genoveva: en el bosque ya uno lo limpiaba y lo echaba al costal y de una vez lo bajaba para la plaza.

Entrevistadora: en eso se veía la calidad.

Genoveva: exacto, la calidad.

Entrevistadora: porque a usted le fue bien, por qué...

Genoveva: por la calidad del viaje que yo llevaba. Pero todo mundo no tiene calidad para eso, todo mundo no. Por decir la tierra abonada, yo a la tierra abonada le echo (le echaba porque yo eso no lo volví a echar) yo sacaba tierra... la tierra negra, le echaba un poquito de capote, un poquito de aserrín de madera, un poquito de arena. Un poquito de boñiga, entonces quedaba súper abonada. En cambio, muchas veces llevan la tierra abonada y uno la ve, que tiene la tierra abonada un poquito de aserrín y ya. Eso no es tierra abonada, eso es tierra negra, con aserrín, pero yo no. (Genoveva Londoño de Zapata, comunicación personal, 18 de septiembre de 2018)

Es probable que el producto más fácil de extraer fuera el musgo, pues según indicaron los silletteros se lo encontraba por todos lados y lo único que se necesitaba era levantar la capa vegetal y como dice Genoveva Londoño, limpiarlo. Pero en el caso del sarro, los helechos, cuernos y otras variedades que se vendían con buenos resultados en las floristerías y en las

casas de Medellín, era necesario emplear incluso escaleras, pues su consecución demandaba alcanzar las copas o zonas muy altas de los árboles.

Entre todo esto, lo más difícil de extraer del bosque eran los pájaros, pues el azar y las circunstancias también intervenían en el éxito de las capturas. Para cazar un pájaro se mantenía cautivo uno que solían llamar “el cogedor”; ese pájaro servía para atraer a los otros hacia unas jaulas diseñadas para tal fin. De acuerdo con las explicaciones, la jaula tenía cautivo al “cogedor” por un lado, y por el otro, una puerta abierta al lado de una porción de comida como señuelo, que se cerraba automáticamente una vez la presa ingresaba. Hernán de Jesús Soto Grajales lo recuerda así:

Hernán: Por ejemplo, uno cogía un pájaro y lo adiestraba en la casa, por ejemplo, yo lo mantenía en jaulas y lo tenía aquí y esa era una de las trampas para uno llevárselo para el monte; nosotros lo llamábamos como el cogedor, yo tenía un cogedor acá, ¿cierto?, entonces ese se lo llevaba uno para el monte, él empezaba a hacer bulla y los otros a llegar a buscarlo. Y con unas tramperas, en unas jaulas hechas en caña brava y en varillas, les poníamos la trampa y ellos caían.

Entrevistadora: Y ¿qué pájaros se vendían más?

Hernán: se cogían mirlos, se cogían carriquís, azulejos, la soledad, las cogíamos. La soledad es un animal muy representativo de Santa Elena, y la gente en Medellín le encantaba, cuando uno los llevaba, les encantaba. (Hernán de Jesús Soto Grajales, comunicación personal, 29 de agosto de 2018)

Ahora bien, el conocimiento técnico de los sitios de extracción, de las especies de árboles y pájaros, y de las formas de recoger o capturar fue transmitido, la mayoría de las veces, de padres a hijos, tal y como lo relató este mismo silletero:

[...] tener un azadón bien bueno, tener un costal, un cargador y ya mi papá nos enseñó donde había tierra de capote. Él decía —“vea acá, esto aquí es bueno para sacar tierra”—, porque uno en el bosque encuentra unas capas donde uno se hunde, usted va caminando en el bosque y se hunde, uno sabe que ahí está la tierra de capote [...] tiene que conocer mucho el bosque porque no en todas partes hay tierra de capote, a veces va uno a sacar la tierra y no encuentra tierra de capote, tiene que saber dónde llega. (Hernán de Jesús Soto Grajales, comunicación personal, 29 de agosto de 2018)

Lo mismo sucedió con los procesos de comercialización. Desde niños los tierreros aprendían las rutas y dinámicas de la venta de los productos en Medellín porque acompañaban a sus padres en esa labor a la vez que se entrenaban en otras tareas. A mediados del siglo XX era muy común que sólo unos pocos niños ingresaran en la escuela y eso que, durante poco tiempo, pues además de no considerarse necesaria la preparación académica, en Santa Elena las únicas dos escuelas que había sólo impartían cursos hasta segundo de primaria. Luego de aprender a leer, sumar y restar, los padres retiraban a los niños de la escuela para que se incorporaran más de lleno en los trabajos de las huertas, los bosques y en la distribución de productos en la ciudad. Hernán de Jesús Soto Grajales también aprendió al lado de su mamá, cómo vender la tierra de capote y musgo:

Nosotros muchas veces nos quedábamos organizando el viaje y ella iba y lo vendía. Hasta que ya tuvimos un poco de conocimiento, hasta que...por ejemplo, yo de once años me fui para Medellín a arrastrar una carretilla solo y decir me voy [...] alguna vez ella me enseñó a trabajar, ella trabajaba por Aranjuez, y yo fui y no me gustó, yo dije “no, esto por aquí es muy aburridor, esto no”. Entonces al otro día ya me fui, me

organicé mi tierra, mi musgo, y me fui y ya; en Medellín me dijo —“bueno mijo vamos”—; y le dije: “—no madre, yo no voy con usted, váyase usted a trabajar sola que yo me voy solo”—. —“No usted se pierde por ahí”—; —“no hágale que Dios está conmigo, no se preocupe que yo me voy”—, y me fui solo, desde los once años, me fui a trabajar solo. (Hernán de Jesús Soto Grajales, comunicación personal, 29 de agosto de 2018)

Las circunstancias en las que los tierreros-silleteros vivían y trabajaban eran precarias. Algunos recuerdan que sus abuelos y padres y ellos mismos, cuando eran niños, no tenían para comprar zapatos, o los usaban solo en ocasiones especiales o para ir a las misas los domingos. Luis Beltrán Zapata Atehortúa recuerda con gracia esa situación e indica: “nosotros teníamos callos por debajo de los pies, de andar a pie por esos pedreros y todo eso; a lo último fue que comenzamos ya dízque a ver zapatos y éramos felices”. La comercialización era más pesada, entonces ni siquiera se contaba con un par de zapatos que brindaran comodidad en medio de caminos enlodados o pedregosos.

La distribución de los productos en Medellín se hacía en carretillas o en costales de cabuya a la espalda. Los clientes estaban diseminados por los barrios y la venta se hacía en bolsitas o por puñados si era al menudeo, o de toda la carga si estaba contratada por una floristería o algún sitio que así lo requiriera. Había igualmente, casas con jardines grandes en los patios o en las entradas que demandaban una buena cantidad de material o que incluso, compraban todo lo que un tierrero llevaba. Podría decirse que las dinámicas de distribución de los productos del bosque eran casi las mismas que se usaron para la comercialización de flores, y que en muchas ocasiones una y otra se hacían al tiempo. Los tierreros-silleteros surtían las plazas de mercado, las floristerías e iban como vendedores ambulantes por la ciudad voceando sus productos y consiguiendo clientes gracias a las rutas que cada uno se trazaba.

VI

El bosque y el diario vivir

Ser tierrero de Santa Elena implicaba el conocimiento exhaustivo de un territorio agreste en el cual los caminos trazados eran los que se anduvieran día a día. En ese trasegar, en medio de vegetación y fauna tan diversa sucedieron otras cosas; más allá de extraer para buscar el sustento diario, los tierreros-silleteros de Santa Elena forjaron vínculos con el bosque que a la larga fueron cargando de significados e identidades su forma de habitar el territorio: se convirtieron en yerbateros que podían reconocer y hacer uso de las plantas medicinales; otros se dedicaron a la guaquería y al parecer pudieron hacer algunas fortunas con los “entierros” que lograron sacar; y otros vivieron experiencias entre brujas y espantos que marcaron sus vidas y que ahora son memorias convertidas en leyendas que se transmiten de generación en generación.

Rosa Angélica Alzate Soto fue una de las silleteras que aprendió a usar las plantas con fines curativos, no sólo para ella y su familia sino también para los vecinos o conocidos que llegaban a buscarla. Ella levantó su casa en la vereda Piedra Gorda de Santa Elena gracias a la venta de musgo y tierra de capote en Medellín; pero quizás, por ser hija del dentista de la vereda –profesión empírica de su padre-, adquirió el gusto por ayudar a otros a curar las dolencias y fue así como aprendió a paliarlas a punta de plantas. La silleterera-tierrera cuenta que ese conocimiento sobre las plantas le ha servido para ayudar a curar muchas personas e indica que esos saberes precedieron la época en que se puso de moda ir a vender plantas medicinales a Medellín en puestos dedicados exclusivamente a esto. Y es que esa es otra

vertiente de este universo campesino: la venta de plantas medicinales. Aún hoy se puede hallar en la Placita de Flórez y en otros sitios de la ciudad, silleteros que además de flores, venden plantas medicinales o plantas que son valoradas desde sus efectos mágico-religiosos; de ahí que en muchas casas de silleteros de Santa Elena se cultiven éstas con tales fines. Sin embargo, Rosa Angélica, a sus más de 70 años, es de una generación que buscaba esas plantas en el bosque, y que por lo tanto desarrolló un conocimiento aún más especializado del territorio.

Quizás, parte de las pruebas de la experticia de Rosa Angélica y de la importancia de sus conocimientos y saberes tradicionales sobre la naturaleza pueda evidenciarse, más allá de recetar plantas y contribuir a la cura de los enfermos, en su capacidad de adaptar especies donde no se creía posible y darles los cuidados necesarios para conseguir frutos. Ella relató cómo introdujo el limón Tahití—especie propia de tierra caliente- en su huerta de Santa Elena:

Si, por aquí dizque que no pegaba ningún árbol frutal de tierra caliente. Yo empecé a sembrar, a sembrar y la gente se aterraba cuando vienen. Veía que de allá de la alcaldía vino un señor él, el que manda a los que vienen a trabajar por acá, porque no le quisieron creer a los trabajadores que acá se daba el limón Tahití, el grande; y a pesar del grande tengo de dos variedades del tahití. Le dijeron que aquí se producía ese tahití y dijo —“no, eso si no se los voy a creer porque ese es de tierra muy caliente, eso acá en Santa Elena si no se ve”—. Le dijeron —“vaya para que vea esos limones como están”—. Y él llegó aquí, un señor ya avanzadito de edad dijo —“ay qué más doña Angélica, vea vine con el propósito de mirar que es que los que vienen aquí a hacerle el curso me dicen que usted tiene limón tahití, que lo está produciendo. Le dije — “¡Ave María señor!, ojalá yo tuviera a quién venderle todo ese limón”—. Me dijo —“yo no le puedo creer, venga vamos a mirar”, —“espere que le voy a dar

juguito”, —“no, venga veamos el limón primero”—. Y allá fue y se quedó hasta paralizado viendo esos limones, es que son unos limones grandes, así. (Rosa Angélica Alzate Soto, comunicación personal, 29 de agosto de 2018)

Rosa Angélica comenta que los conocimientos de las plantas y sus propiedades le ha valido más de un señalamiento y acusación entre vecinos quienes la han llegado a tildar incluso, de bruja. Como respuesta, ella reivindica su fe católica frente a la *gruta* de la virgen⁶ que tiene en su jardín y atribuye a Dios los conocimientos y capacidades adquiridas.

Por otro lado, la *guaquería*⁷ y las historias de brujas y espantos del bosque están casi siempre conectadas. Las historias sobre el hallazgo de una guaca tienen como componente esencial la aparición de una entidad paranormal que hace las veces de guía indicando el camino o el sitio exacto del entierro. En Santa Elena hay muchos relatos similares; sin embargo, como parte de los secretos del territorio, se mantiene en reserva la identidad de los afortunados, o si se indican los nombres no se dan las señas exactas del sitio donde se les puede encontrar. El silletero Luis Beltrán Atehortúa recordó a un señor que habría conseguido su fortuna a punta de “entierros” o guacas; él seguía las pistas que otros ignoraban y así daba con los “entierros”:

[...] se murió hace tiempito, pero dejó a los hijos hechos. Pero eso dizque fue a puros entierros. Y si, llegaba... una vez nos tocó. Vea, íbamos por aquí por una parte que se llama El Salado, y cuando vimos un...yo iba con otros dos; cuando vimos una

⁶ En Colombia se utilizan pequeños monumentos a los santos ubicados en un espacio en forma de cueva que se coloca en los jardines de las casas o en sitios públicos si son de un tamaño mayor.

⁷ Huaquería: Buscar tesoros ocultos en guacas y realizar la excavación consiguiente para extraerlos. (RAE)

cosita, así como un perrito delante de nosotros y dije —“¡eh”!--, y como a nosotros nos gustaba tanto joder, arranqué a la carrera detrás de él y mientras más rato, más grande, entre más rato más grande; y habíamos caminado un espacio como decir de dos cuadras; cuando allá, ya se apareció así grandote en una esquina; así, en una partecita que uno daba la vuelta así, ahí había un barrancón. Y entonces ahí se desapareció, cuando ya como a los tres días, como que le contaron al señor ese y entonces le dijeron: —“ve en tal parte, se nos apareció una cosita como un perrito y ya se volvió como un caballo.”— Preciso se vino y atisbó y como a los tres días vimos nosotros el hueco así contra esa chamba y fue que el señor se había sacado el entierro, que había un entierro ahí muy grande. (Luis Beltrán Zapata Atehortúa, comunicación personal, 24 de septiembre de 2018)

De acuerdo con los relatos, en el bosque los espantos suscitaban más cosas, entre estas “hacer perder a las personas”. Varios tierreros-silleteros entrevistados contaron cómo al adentrarse en el bosque perdían su camino. A pesar de haber recorrido cientos de veces las mismas rutas, había días que sin entender cómo ni por qué, llegaban a sitios lejanos o a zonas del bosque que no guardaban relación con el camino trazado. Estar dispuesto a que sucedieran estos percances y a salir de ellos era parte de la experticia de un tierrero; había que conocer el territorio y sus dinámicas para saber cuándo y cómo adentrarse en la búsqueda de los productos del bosque. Sobre historias de brujas y espantos, que además de embolatar a las personas desaparecían las cargas de tierra y musgo, resulta interesante el testimonio de Hernán de Jesús Soto Grajales:

Por ejemplo, por acá, dizque no hay que creer en ellas pero que las hay las hay. Por acá siempre existió o existe una bruja y cada que nos íbamos a cierta parte nosotros resultábamos perdidos, nosotros íbamos por el viaje y cuando lo íbamos a alzar,

nosotros no encontrábamos el viaje; —“Eh, pues, es que yo tengo el viaje, yo lo tenía aquí y nunca estuvo el viaje”—, y muchas veces terminábamos perdidos por otras cañadas por allá, y nosotros, —“¿yo por qué estoy por acá? ¿Yo porque estoy por acá si yo estaba en tal parte?”—. (Hernán de Jesús Soto Grajales, comunicación personal, 29 de agosto de 2018)

Luis Beltrán Zapata Atehortúa también agrega:

[...] sí oí decir que por ahí había muchos espantos, que por ahí había una parte que la llamaban dizque el “bailadero de las brujas” que es por aquí cerquita, allá si dizque se amontonaban a bailar y a gritar [...] solamente una vez me embolataron. Yo iba, así como ir aquí por este camino y resultar por allá en un *enredajal* que no tenía para donde salir. Cuando eso no, por allí si hay una parte pues, y eso como que sí era cierto porque a más de uno, pero ya eso pues se desapareció mucho [...] a mí me tocó cuando eso. Y a uno le daba miedo cuando iba a pasar allá, como eso era un camino siempre por donde uno pasaba a bajar allá al paso malo. Entonces me decían: —“a vos no te va a dar miedo pasar allá en el bailadero”—, eso lo llamaban el bailadero. (Luis Beltrán Zapata Atehortúa, comunicación personal, 24 de septiembre de 2018)

Los tierreros de Santa Elena ocupan un lugar central en la historia de la identidad silletera. Los oficios de cultivar y distribuir flores en Medellín coexistieron con el de extracción de productos del bosque y le otorgó a este grupo social saberes especializados. Si se quiere comprender quién es un silletero, indefectiblemente hay que atravesar los bosques de Santa Elena para reconocer todas las posibilidades económicas que estos ofrecían y todos los significados e historias que se forjaron durante más de cien años. Antes de cultivar flores

éstas eran recogidas del bosque, y fue gracias a ese momento que se desataron las circunstancias que hoy día nos llevan a preguntarnos por la historia de este importante patrimonio cultural.



Fotografía Árbol Visual, 2018.

Referencias bibliográficas

- Bolívar, E. (2004). Desfile y feria de las flores. *Historias Contadas No. 7 Jul-Ago*, 10A-15A.
- Gregorio Gutiérrez González. (1867). *Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia (edición facsimilar Eafit)*. Medellín: Imprenta de Isidro Isaza.
- INER & Secretaría de Cultura Ciudadana. (2015). *Plan Especial de Salvaguardia de la Manifestación Cultural Silletera. Versión resumida*. Medellín.
- Marín, J. G. (2012). Actividades extractivas entre la tradición y la legislación. Saberes entre musgos y tierra de capote en el corregimiento de Santa Elena, Medellín. *Boletín de Antropología. Vol.27 N°44*, 164-181.
- Medellín, O. (1945). *Anuario Estadístico De Medellín 1919-1945*. Medellín: Tipografía Bedout.
- Parsons, J. (1997). *La colonización antioqueña en el occidente de Colombia*. . Bogotá: Banco de la República – El Áncora Editores.